



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10104

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraño.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

MARTES 9 DE JULIO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil corso.—co-responsables en París, A. Lorette, rue. Gaumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

**M. ME LEONIE BROUIN**  
Modista de Sombreros de París  
Todos los días, modelos nuevos  
PLAZA DEL REY, 16, PRAI.

## ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholos de 40º a 40º  
Id. aguardientes de 24 a 26º  
Id. sulfuros.  
Alambiques aguardeiros con columna y boca de graduación, serpentín y depósito refrigerante.  
Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentín y depósito.  
Fabricación inmediata y precios muy económicos.  
Prensas, extractores, y cuanto concierne a la elaboración de vinos.  
Calle de París, 12. D. Castellón 12.

## Gibraltar á España.

HOMENAJE A UN ESCRITOR.

El Ayuntamiento de Cádiz ha declarado hijo adoptivo de aquella ciudad al escritor de Málaga don Antonio Fernández y García, en el vigésimo séptimo aniversario de su patriótica propaganda en pro de la devolución de Gibraltar.  
Con esta motivo y agrando Cartagena, es el número de la ciudad, que no tiene que admitir, por respeto de su Ayuntamiento, a sus propiamente, vamos a reproducir un capítulo de los mejores del señor Fernández García:

No hemos de controvertir en este capítulo la clase de compensación que dignamente pueda ofrecer España a cambio de Gibraltar. Tocaremos tan importante punto en el capítulo inmediato.

Cumplenos demostrar, que si nuestra patria pudiera conformarse con determinadas exigencias de Inglaterra, a pesar de que ilustres publicistas de esa nación han abogado por la devolución incondicional, al extremo de que Ricardo Congreso creyera que procedía restituir el Peñón hasta con las baterías, fortificaciones y alhondos que no tenía en 1704, no es posible que renuncie a dejar en poder de extranjero una pequeña parte de su territorio, ni que admita compensaciones de ninguna naturaleza.

Con el honor no se trafica licitamente, y en cuestión de honor nacional la completa integridad del territorio, qué podían ofrecernos los ingleses, caso de que predominara el absurdo de admitir un pedazo de tierra fuera de nuestra Península, en suroeste, a cambio de otro que tanto nos cuesta y que es la eterna pesadilla que nos atormenta.

Sabemos que esta hipótesis hará que la propia nación a muchos lajos. A que hablar de compensaciones ofrecidas a España, si Inglaterra no desea ni dejar libre el Peñón, ni en el comercio nada a cambio, importándole poco ó nada que renunciemos a recobrar la plaza. Ya ha demostrado, dirán, que no toma en cuenta nuestras

protestas, ni le inquieta que abriguemos legítimas esperanzas, ni le preocupa, en fin, la actitud que podamos adoptar en lo sucesivo.

Es cierto. Pero nosotros queremos ir más lejos de la triste realidad de hoy, que nos traza un estrecho círculo de hierro, del cual parece difícil la salida. Mirámonos al porvenir tal vez menos vergonzoso que el presente, confiando que antes de espirar el siglo XIX habrá cambiado la triste situación de

España, reduciendo los beneficios de verdaderos sistemas liberales. Se acercará España a la conquista de sus ideales, se cumplirán los destinos de la Península ibérica, sin los obstáculos extraños al interés nacional, que al presente le estorban, y rica en el interior, por el constante desenvolvimiento de su riqueza, se deseará luchar ahora con tantas dificultades, respetada en el exterior, por la consideración que merece el estado de este país, quién sabe si entonces procuraría Inglaterra desviar de Gibraltar nuestra atención, ofreciéndonos a cambio de una eterna renuncia algo que a juicio suyo nos halagase?

España no renunciará jamás a reintegrarse del desmembramiento sufrido tan injustamente. Si algún gobierno por debilidad ó torpeza ratificara la cesión hecha en el tratado de Utrecht por sucesores sucesores, como sucedió primer Borbón de España, nada significaría para las aspiraciones nacionales semejante renuncia, como nada significó la de aquel mal aconsejado monarca, que no en balde se dispone de la voluntad y el consentimiento de los pueblos sin consultar siquiera y de la aquiescencia de las futuras generaciones, en asuntos que tan directamente se rozan con la honra y la integridad de la patria.

La herida continúa abierta, y seguirá así mientras no se subsane la falta cometida en los comienzos de la infatigable guerra de sucesión. Si entonces no produjo desde entonces, siendo así que los tiempos eran tan benéficos a los intereses de la guerra, a los atropellos y las violencias de la fuerza, a las iniquidades del derecho de conquista, nos parece más insoportable a medida que se tiene una noción más clara del respeto que merecen las nacionalidades, y del importante papel que están llamadas a representar en el juego de la política, cuando lógica y fatalmente triunfen los principios en que se apoya la idea de libertad.

A principios del siglo anterior la pérdida de Gibraltar pudo humillarnos bajo el concepto martiniante de que dentro de nuestra casa se establecía una nación extranjera. Esto era un golpe terrible para el país que durante tantos siglos dedicó a la reconquista la sangre de sus más valientes hijos, los tesoros más preciados y hasta el adelanto de su agricultura y de su industria. Es de dejar de lastimarnos por el mismo concepto, pues el tiempo no ha modificado la significación de aquel atropello, se agrava considerablemente el

mal ante la consideración de que cerca de dos siglos, no hemos conseguido al rescatar lo usurpado, cuanto más seguir las huellas de la unidad italiana.

Bazón suficiente para que el despojo nos irverguence más que ayer. En 1704 nos quedó la esperanza de recobrar el Peñón tan pronto como por la Península circulara la noticia y el genio nacional levantara con altivez la frente. Hoy contemplamos el hecho a través de ciento noventa y un años de pesadumbres, humillaciones y decepciones. Lo contemplamos bajo un punto de vista todavía más desconsolador. Bajo el prisma desesperante, de que si han transcurrido dos siglos del mismo modo, no se vislumbra todavía la esperanza de que lleguemos a conseguir la liberación deseada que no pudierón obtener ni Aranda ni Florida Blanca.

Como ha de cicatrizarse la herida, si cada día se hace más profunda, y cada año evidencia más el estado de peligrosa decadencia en que nos encontramos?

Gibraltar ha de jugar importante papel en el porvenir, no en el concepto estratégico, ni bajo el punto de vista mercantil, aunque no pierda el que hoy tiene como puerto con el tráfico de mercancías. Y si su posesión por los ingleses nos ayereza porque pone más de relieve nuestra impotencia, mañana llegará a ser un obstáculo para la reconstrucción de nuestra nacionalidad, sin dejar también de avergonzarnos, pues el tiempo sólo consigue enconar esta herida, no cicatrizarla.

Apuntemos, si quiera sea ligeramente, las razones por las cuales suponemos que en lo porvenir puede ser un estorbo a las miras de España, el dominio de Inglaterra sobre Gibraltar.

Mucho se ha escrito acerca del equilibrio europeo y de las bases en que debe descansar. Sobre si el equilibrio se sostendrá mejor con la formación de poderosos imperios, como han pretendido algunos autores, ó si procede que se busque lo que se llama el más profundo respeto a la autonomía de las naciones teniendo en cuenta para la constitución de estas las fronteras naturales, se han suscitado luminosas controversias, no terminadas todavía, aunque entendemos que se ha dicho la última palabra, por más que medie mucha distancia de la teoría no triunfante a la práctica que todavía se sigue en una parte importante de Europa.

Hasta ahora se ha tomado el equilibrio como pretexto para llevar a cabo odiosas violaciones de derecho natural de los pueblos. El equilibrio de fuerzas, la igualdad de condiciones y de medios materiales para el ataque y la defensa, así como para pensar mucho en la balanza de la diplomacia, balanza cuyo fin se inclina casi siempre por ocultos resortes, se ha hecho depender de la extensión de territorio, del dominio sobre razas y pueblos, y a veces por anillas de hierro, no por los lazos fraternales de intereses y aspiraciones comunes,

sin tenerse en cuenta la voluntad de aquellos que por tratarse de su suelo, tienen perfecto derecho a intervenir directamente con su voz y con su voto en la constitución de los Estados políticos, ni la configuración del territorio, ni otras circunstancias y antecedentes que deben influir mucho en la cuestión de las nacionalidades. De aquí la serie no interrumpida de inicuos atropellos, que subsisten en nuestro siglo como uno de tantos trascendentales problemas reservados a la acción de los tiempos futuros y a la influencia, que ha de ser decisiva, de las ideas modernas. Pueblos oprimidos, á merced de sus opresores, razas divididas ó dispersas, naciones que han perdido la independencia y aún la personalidad que les corresponde, inicuos atentados que se perpetúan á través de los siglos y de las luchas que agitan y conmueven el mundo. Tal es el espectáculo que la humanidad viene presenciando, sin que su estado de progreso y cultura haya sido suficiente á dar distinta dirección á los acontecimientos.

Dada la imperfección de las instituciones políticas y de las costumbres, habiendo predominado los procedimientos de fuerza, más que el culto de la justicia, no es extraño que por mucho tiempo se haya derivado el equilibrio europeo de causas ajenas al derecho moderno. Pero no en vano se graban en la conciencia humana, con caracteres indelebles, los nuevos principios, tan en armonía con las aspiraciones de los oprimidos. Y lo que ayer parecía indestructible, lo que desafiaba impunemente, como dura roca ó formidable montaña, el furor de las tempestades, aparece a la mirada del profundo observador, como sujeto á esenciales modificaciones y transformaciones por ley ineludible del humano progreso.

En este caso se encuentran esos grandes colosos, esos dilatados imperios formados bajo debleznable base, no por el entusiasmo, la decisión ó el convencimiento de sus componentes, sino por la usurpación, la violencia, la opresión más trágica y el atentado más incalificable.

Ayer se presentaban estos colosos como la mejor garantía del equilibrio europeo. Hoy aparecen como el peligro más inminente que el equilibrio tiene. Ved sino como se observan, cual adversarios a quienes la necesidad ha de empujar unos contra otros, los dos imperios ruso y germano. Mirad, sino, las maniobras de Austria, Rusia y Alemania ante la inminencia de la guerra, cuando se reparte la igualdad de fuerzas, esto es, el tan deseado equilibrio, de la parte más considerable que cada uno pueda apropiarse en el despojo ó reparto.

Ninguno quiere acordarse de la situación de Grecia, ni de la necesidad de que sea una nación importante, rica, feliz é independiente. Ved, en fin, los sucesos y las desconfianzas de Inglaterra, que preve el peligro y no puede romper las redes á que la ha conducido su política de egoísmos.

Estos colosos no se sienten bien; la idea de su preponderancia les lleva por malos senderos, afánándose ante la prosperidad de otras naciones. Para el imperio alemán es un peligro el estado floreciente de Francia. Para Inglaterra sería motivo de disgusto la unión de España y Portugal, que forman parte de una misma península, y el desarrollo de nuestros intereses en Marruecos. Para Austria es una amenaza el apogeo de la unidad italiana.

De éste modo el anuncio fatídico de la guerra suena constantemente en el continente europeo, siempre por el mismo motivo, siempre por análoga causa, fundado en la actitud poco tranquilizadora de los colosos, de la supremacía de las grandes potencias.

El equilibrio europeo, pues, su mayor peligro, en esa concentración de fuerzas, fuera de las fronteras naturales, en esta confusión horrible de oprimidos y opresores, los unos sirviendo de instrumentos á la ambición de immoderado poder contra su voluntad y sus intereses, los otros llevando á todas partes sus tendencias arrasadoras, confiados en que pueden mover miles de millones de autómatas, como los antiguos conquistadores movían multitudes de esclavos.

Y las corrientes de libertad, autonomía é independencia, que trabajan este suelo de Europa, no tan decrepito como nos lo pintan muchos publicistas, sudan en que han de quedar borradas, con el transcurso del tiempo, las huellas del absolutismo, causa de tantas iniquidades, acabarán por introducir grandes cambios en el mapa político, sacando triunfante el principio de las nacionalidades sin las mixtificaciones que estamos viendo. Cuando esto se consiga, el equilibrio europeo tendrá su base natural, la única que racionalmente debe admitirse, y dependerá, no de la concentración de fuerzas, que nos lleva constantemente á la amenaza de horripondas guerras, sino del respeto al derecho y á la autonomía de los pueblos.

Incurremos acaso en una de tantas utopías, á pesar de que se aparta de ellas nuestro carácter, inclinado á las soluciones prácticas?

No lo creemos. Para nosotros los nuevos principios han de ejercer extraordinaria influencia en la constitución definitiva de los Estados políticos. Será obra lenta, quizás se retrase tanto, que no la vea terminada al siglo XIX, y legue la herejía al siglo inmediato; pero fatalmente ha de realizarse con la catástrofe de todos estos colosos que empiezan á tambalear con las primicias de la revolución para sus sueños de absoluta preponderancia, precisamente en la agitación de los pueblos que miran anhelosamente hacia ese objetivo.

Si estamos así, ¿cómo no mortificarse á nuestra patria el hecho de que Gibraltar continuará perteneciendo á un extranjero, como una de tantas factorías ó colonias, que se tienen en puntos por civilizari? La herida continúa entonces mayores proporciones, al iniciarse el mo-